

Pescadores de langosta

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO.

Archipiélago de San Bernardo, a 45 millas marinas de las Islas del Rosario. Mar Caribe. Mar rebelde. Aguas tibias e incitantes.

El hombre y su ayudante se hacen a la mar en el cayuco. Compañero, camarada que les facilita la diaria tarea. La misma que han realizado sus antecesores, en condiciones iguales, y seguramente realizarán sus descendientes.

Aún es de noche. El mar, la colosal e imponente inmensidad, tiene coloración fosforescente. Los hombres le han tomado confianza por la familiaridad que impone el trato cotidiano. Cascadas de espuma golpean la proa. Chispas blancas azotan los rostros curtidos. El horizonte apenas se adivina.

Son las cuatro de la madrugada y hay que llegar hasta los bajos donde demora la langosta. Una suave brisa acaricia la superficie y va formando olas de regular fuerza ondulante que acunan con suavidad casi maternal al bote. Los hombres, de pulso experto, manejan con maestría los canaletes que, por uno y otro lado, dominan la situación.

El ruido de las maderas que cortan al agua impulsando al cayuco, se hace monótono, interminable. Pasan los segundos, los minutos y las horas. Muy lentamente va apareciendo el sol y se disipan las visiones. Se aprecia el inicial vuelo de los alca-traces que cruzan la abierta soledad.

Los hombres cruzan la undívaga superficie como lo han hecho desde niños, pero ahora movidos por el interés económico. Los motiva el precio cada vez más alto de la langosta requerida con avidez por los restaurantes de Cartagena y los de la capital del país.

Es la suya una corta visión de billetes, pues ignoran la aureola mítica del mar y no han escuchado ni escucharán jamás los cantos de sirena que pierden al navegante encantado.

El cayuco se detiene al llegar a uno de los bajos. Maniobran el aparato de rudimentaria fabricación —una caja con vidrio— que les permite horadar el fondo coralino. Localizado el objetivo, uno de los hombres se lanza al agua provisto de máscara —elemento que la civilización ha puesto a su servicio— moviendo ágil y acompasadamente sus extremidades. Atraviesa el trasparente verde claro y el azul oscuro, hacia la profundidad. Baja, baja, baja. Diez, doce, quince metros según se lo permita la capacidad pulmonar.

Pasa por alto, no la siente en su verdadero registro, la incomparable emoción que proporciona el fondo del mar. El gran emporio de riqueza, la gran despensa del futuro, la reserva de la humanidad, el motivo de viajes de cancilleres a conferencias internacionales para hablar de plataformas marinas y submarinas, no dicen nada al hombre que como un pez cruza el paisaje subacuático. Para él es simplemente el escenario donde se gana la vida, jugándosela en un segundo.

Puede dar vueltas y revueltas por entre los palacios de corales, y penetrar las cuevas de las cadenas de montañas sumergidas, sin toparse con las ondinias ni sospechar que en alguna de las mil ciudades cubiertas por las algas y vigiladas por delfines y medusas, habita el viejo Nereo con sus cincuenta hijas, las Nereidas, y el orgulloso Poseidón y los tritones. Le falta al hombre de torso moreno y metálico, la disposición espiritual y la elación poética que le permitiría gozar las encantadoras visiones en cada zambullida matinal.

Localizados ya los crustáceos, hacia ellos dirige la mano adiestrada en el zarpazo certero. Un guante lo defiende del posible ataque defensivo de la bestezuela que esgrime amenazadora sus poderosas tenazas.

Sale a la superficie unos breves segundos para tomar aire y dejar el animal en manos de su ayudante. De nuevo en picada hacia la profundidad submarina. Así una y otra vez de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. En el piso del bote se va formando una pequeña montaña de antenas, pinzas y patas que se mueven en un depósito de aguasal. Es el mediodía, la hora del regreso. De pie en la popa de la angosta embarcación de madera, el sencillo capitán mueve el palo para dirigir la nave

hacia la isla, dibujando maravillas de equilibrio sobre las crestas de las olas de un mar ya enfurecido. Sentado, mirando sin inquietud el soberbio espectáculo del agua rugiente, pensando sin pensar en nada, agitando el remo, el segundo de a bordo ocupa la proa.

Cuando los ojos, cansados de sol, adivinan más que ven la isla, vislumbran también la nube de compradores que los esperan ansiosos con los costales y la romana para pesar la moviente mercancía. Los bolsillos llenos de billetes de mil, doscientos y cien pesos. El comprador está dispuesto a pagar lo que le pidan por los kilos de langosta, pero está también atento a evitar que, en un descuido, el ladino pescador no le eche un animal muerto que se daña en minutos y arruina el costalado entero.

Sabedor de que la demanda es superior a la oferta, dueño de una monumental malicia negra, se sabe amo de la situación y antes de atracar grita haciendo bocina con las manos: ¡hoy no puedo dar el kilo a menos de cuatrocientos pesos! Y desembarca con el producto de su hazaña que virtualmente es rapado por quienes para llegar hasta allí han tenido también que desafiar temporales con su lancha.

Kilos, kilos y más kilos pesa el hombre de ébano con ancha espalda y sonrisa de dientes blancos y poderosos. En realidad se pesa más el agua que los bichos, pero el engaño está implícito en la forzosa transacción. Por seis o siete horas de buceo, el pescador recibe, contantes y sonantes, los diez, los veinte, los treinta mil pesos.

¡Adiós compa! Dicen quienes se alejan en sus lanchas con los costales atravesados por agujas y tenazas. ¡Adiós compa! Responden quienes de pie en el muelle agitan la mano. El negocio ha terminado y el disco rojo se acerca a su muerte en el horizonte. Los pescadores, con sus fajos de billetes, se pierden en las callejuelas del caserío.

En los ranchos de piso empolvado de corales, techo de palma y paredes por donde circula libremente el viento salitroso, las mujeres los esperan, lista la ración de arroz con coco, plátano y caracoles que conforman la dieta balanceada de toda la familia. Además, los brazos abiertos para la danza y el amor primitivo. Viene entonces el ron blanco y el borracho movimiento de caderas al ritmo de las músicas calientes que salen del transistor.